

NEW LEFT REVIEW 130

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2021

ENTREVISTA

GUILHERME BOULOS Las luchas de los sin techo 8

ARTÍCULOS

ADAM HANIEH Imperio petroquímico 29

MAY INGAWANIJ *Noir* filipino 59

DAVID HARVEY Proporción y magnitud 79

CRÍTICA

JOEL ANDREAS Sendas no seguidas III

ROHANA KUDDUS Cómo explicar a Jokowi 123

DAVID SIMPSON Ir al grano 135

BEN JACKSON Titmuss en su tiempo 143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



INTRODUCCION: BRASIL

Las personas sin hogar se encuentran virtualmente en cualquier país del mundo. Pero quizá en ninguna parte se han convertido en un movimiento de masas tan significativo como ha sucedido en Brasil, donde en la ciudad más importante del país han encontrado un líder de impacto nacional en Guilherme Boulos. Candidato presidencial en las elecciones de 2018, obtuvo menos del 1 por 100 de los votos, quedando en décima posición. Tan solo dos años más tarde presentó su candidatura a la alcaldía de São Paulo, siendo el segundo candidato más votado con más de dos millones de votos. Orador y organizador carismático, Boulos, de 39 años de edad, pertenece a una generación que no ha producido muchos ejemplos de dinamismo en la izquierda del Norte, donde figuras como Iglesias en España y Ruffin en Francia constituyen excepciones. Boulos debe su ascenso a la combinación de sus propios talentos con la gravedad de la situación de los «sin techo», a lo que se añade el cataclismo de la asistencia sanitaria verificado en Brasil de la mano de un presidente que ha permitido que el país registre el segundo número por muertes de COVID más elevado del planeta. Políticamente, el desastre del mandato de Bolsonaro ha rediseñado el mapa institucional del país. La alarma de los estratos de clase media, que previamente apoyaban al presidente de extrema derecha, está transformando en estos momentos a estos habituales bastiones del establishment en una fronda desafecta. El propio Tribunal Supremo, que ordenó el encarcelamiento de Lula, ha cambiado drásticamente de opinión y lo ha puesto en libertad. Bajo la amenaza de impeachment, Bolsonaro, que en su momento despreció el cenagal del «Centro» del Congreso, ahora ha implorado su protección. Ahora que Lula cuenta con una abrumadora preferencia de cara a las elecciones presidenciales de 2022, sus antiguos archiadversarios del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSBD), con Cardoso a la cabeza, han anunciado que su vieja pesadilla es a fin de cuentas preferible al actual presidente del país, lo cual presagia el peligro del abrazo del PT por parte del centro-derecha. El Partido Socialismo y Libertad (PSOL), partido del que Boulos es en la actualidad su principal representante, siempre se ha situado a la izquierda del PT, en ocasiones de modo radical, pero en esta coyuntura se posiciona, al margen de toda reserva sectaria, firmemente a favor de Lula. Los envites en el resultado son altos. América Latina ha comenzado a revertir las ganancias cosechadas por la derecha durante los últimos años, como atestiguan las victorias de López Obrador en México, Alberto Fernández en Argentina, Luis Arce en Bolivia, Pedro Castillo en Perú y el ascenso de Gustavo Petro en Colombia y de Gabriel Boric –de la misma cohorte de edad que Boulos– en Chile. La vuelta de Lula al poder y a sus raíces ligadas al radicalismo de la clase obrera, en la cresta de una ola de movilización popular, podría convertir a la región una vez más en faro de rebeldía.

GUILHERME BOULOS

LAS LUCHAS DE LOS SIN TECHO

Entrevista de Mario Sergio Conti

Como coordinador de los trabajadores sin hogar de Brasil, el Movimento dos Trabalhadores Sem Teto (MTST), eres también una de las principales figuras del Partido Socialismo y Libertad (PSOL), que es a fecha de hoy una de las áreas más dinámicas de la izquierda brasileña situada más allá del Partido de los Trabajadores (PT). Como candidato del PSOL en las elecciones municipales de São Paulo en 2020 obtuviste más del 40 por 100 de los votos en la segunda vuelta, lo cual se reflejó en la obtención de más de 2 millones de votos. ¿Podrías comenzar contándonos cuáles fueron tus orígenes y tu formación política?

NACÍ EN SÃO Paulo en 1982 en una familia de clase media. El origen de la familia de mi padre es libanés, la familia de mi madre procede del nordeste de Brasil. Mis padres son ambos médicos y enseñan en la Universidad de São Paulo. Ambos son personas politizadas, que profesan ideas progresistas –trabajan en el sector público sanitario brasileño, el SUS, y siempre votan a la izquierda–, pero no son militantes. Ese origen me dio oportunidades de las que la mayoría de los brasileños carecen. No empecé a trabajar en la adolescencia, sino que, por el contrario, pude dedicarme a mis estudios, tener libros a mi alcance y posteriormente obtener una buena educación universitaria.

Mi militancia comenzó a una edad realmente temprana. Diría que su origen se remite a dos fuentes. En primer lugar, a mi sentido de la indignación: en Brasil basta con tener dos ojos para estar indignado ante las enormes desigualdades existentes aquí. São Paulo, en particular, es una ciudad profundamente segregada, llena de contradicciones: por un lado, una ciudad de extrema riqueza, donde se concentra la mayor parte del

PIB brasileño; por otro, de extrema pobreza, de gente que vive en las calles, de millones de desocupados o de subempleados. Ello me aturdió, era como una invitación a la acción.

En segundo lugar, mi militancia respondía a mis lecturas, que me condujeron, como a otros muchos jóvenes, hacia la izquierda. Me uní a la organización juvenil del Partido Comunista Brasileño cuando tenía 16 años, mientras estudiaba en un colegio privado. Después me cambié a un colegio público, lo cual constituyó una decisión política, dado que entendí que mi compromiso tendría más sentido en un entorno de clase trabajadora, porque ello sería más coherente con las posiciones que estaba decidiendo defender. En el nuevo colegio, luché con otros compañeros para exigir mejores condiciones de enseñanza. Organizamos grupos, grupos de estudio y grupos para exigir que se oyera la opinión de los estudiantes en las decisiones del consejo escolar. En una ocasión organizamos una huelga cuando el colegio intentó imponer uniformes escolares a los alumnos, pero sin conceder a los estudiantes los correspondientes recursos para comprarlos en situaciones en las que sus familias no tenían dinero para adquirirlos. Un día el colegio prohibió la entrada de quienes no llevaran el uniforme, así que organizamos una huelga estudiantil y conseguimos que se revirtiera la decisión.

¿Podrías describir cómo funcionaba el Partido Comunista?

Cuando me uní al Partido en 1997, el PCB acababa de sufrir una ruptura devastadora. Había sido fundado en 1922 y durante décadas, hasta el golpe militar de 1964, fue la fuerza hegemónica de la izquierda brasileña. Desde el golpe hasta finales de la década de 1980 fue todavía un punto de referencia importante. Una vez restaurada la democracia comenzó a adoptar posiciones cada vez más moderadas hasta que finalmente la dirección cambió el nombre del Partido y, en efecto, lo refundó como un partido absolutamente diferente. Un grupo minoritario de miembros intentó mantener una formación política en la tradición del PCB. Cuando yo me incorpore al mismo, se trataba de una pequeña organización y su sección juvenil, la UCI, era todavía menor. Intentamos reconstruir un partido de lucha.

¿Por qué lo abandonaste?

Comencé a percibir la contradicción existente entre la posición doctrinal del Partido, que hablaba en nombre del «pueblo», y su reticencia a

construir algo con los propios trabajadores. Se trataba de una idea vanguardista, desconectada de la realidad. Comencé a comprender que si queríamos trabajar por una transformación social amplia, era más coherente construir algo que implicara directamente a los estratos populares. No fue únicamente mi decisión; en la UJC se perfiló un grupo que pensaba en estos términos y juntos abandonamos la organización. Tuvimos un periodo de discusión sobre los siguientes pasos que deberíamos dar y no todos tomamos la misma dirección. Algunos de nosotros decidimos incorporarnos al MTST, la lucha de los *sem teto* (sin techo), porque expresaba el extremo de la pobreza brasileña: la de aquellos que no tienen ni siquiera un lugar donde vivir.

¿Contribuiste a la creación del MTST o el movimiento ya existía?

Ya existía, nosotros nos unimos en 2001. El MTST había sido creado en 1997 por un grupo de militantes del Movimento Sem Terra (MST), el movimiento de los trabajadores sin tierra, que percibió la necesidad de traspasar las fronteras del mundo rural y organizarse en las ciudades: hoy el 87 por 100 de la población brasileña es urbana. A partir de ahí creció el trabajo del MTST. En un primer momento me impliqué en una de sus ocupaciones, ayudando a efectuar sus sesiones de educación política mediante la organización de discusiones con los militantes. Y a partir de ese momento mi implicación creció cada vez más hasta el punto de vivir en una de las ocupaciones. Tenía 20 años en ese momento.

Al mismo tiempo comenzaste a estudiar filosofía en la Universidad de São Paulo donde participaste en un grupo de estudio sobre Hegel. ¿Por qué lo hiciste?

Decidí estudiar filosofía porque era la disciplina que consideraba más difícil de abordar de modo autodidacta. Había leído un poco sobre ciencias sociales, teoría política y economía y estaba interesado en la filosofía en parte debido a la influencia de mi padre. Pero tenía grandes dificultades a la hora de leer textos filosóficos a causa de su densidad y entendí que precisaría de ayuda para estudiarlos. Esa fue una de las razones que me condujeron al Departamento de Filosofía. La otra fue que en ese momento estaba pensando en hacerme profesor. Para mí, la filosofía no era únicamente una disciplina positiva o una forma de conocimiento desconectada del mundo: significaba la posibilidad de acometer reflexiones más amplias sobre cuestiones relacionadas con la vida, la ética y la práctica.

Llegué a Hegel a través de Marx. Había leído a Marx precisamente cuando me hice militante. Constituyó una inspiración teórica fundamental y todavía constituye en la actualidad un punto de referencia para mí. Entendí que debía estudiar a Hegel para comprender mejor a Marx. Durante los primeros dos años pude dedicarme casi totalmente a mis estudios, pero tras optar por vivir en el lugar que habíamos ocupado ya no pude estudiar tanto como me habría gustado. Hegel todavía es una piedra de toque esencial para mí por su perspectiva histórica y dialéctica: analizar cada hecho político, social, económico y cultural desde la perspectiva de su construcción histórica. Entender nuestra realidad supone comprender los procesos de transformación que la han conformado para que llegue hasta nosotros. Para superar la realidad en la que vivimos en la actualidad necesitamos mirar hacia el pasado y hacia el futuro. Por supuesto, muchos pensadores brasileños han sido importantes para mí. Para comprender Brasil y América Latina no puedes optar por un planteamiento eurocéntrico o aplicar Marx mecánicamente. Un autor en particular, cuyo trabajo dotó de profundidad a mi comprensión de Brasil, fue el sociólogo Florestan Fernandes.

¿Cómo compararías tu militancia en la UJC con la del MTST en términos tanto prácticos como teóricos?

Eran radicalmente diferentes. Como militante de partido, al menos tal y como yo lo experimenté en ese momento, la principal tarea era convencer a la gente de la pertinencia del programa del mismo. Se trataba de una valoración extrema de la teoría, casi idealista. Puedes incluso calificarla de ingenua: pensar que tu ya tienes las respuestas y que producir la transformación social es tan solo cuestión de hacer consciente a la totalidad de la clase trabajadora de estas verdades. En el movimiento popular del MTST, la militancia proviene de la experiencia práctica del pueblo, de su lucha concreta por la vivienda, que desde un punto de vista doctrinal de partido podría ser contemplada como corporativa, como una lucha puramente económica carente del potencial de transformar las estructuras sociales y políticas. En este sentido, la gran lección que aprendí en el MTST es que toda transformación tiene que partir de conflictos objetivos concretos y que la construcción práctica, organizativa, de la coexistencia social y política es más importante que un programa abstracto. Con independencia del grado de éxito de este, la construcción de un movimiento se halla sujeta a las contradicciones de la vida real y el programa cambia en interacción con la comunidad.

¿Cómo está organizado el MTST?

Se halla organizado de modo tanto fluido como centralizado. En este sentido, es muy similar al MST. Fluido porque en la medida en que el movimiento consiste en ocupar tierra, los militantes obtienen su formación y entrenamiento mediante la práctica, en discusiones que resultan en acciones inmediatas. El movimiento está abierto a aquellos que se involucran en el mismo. Hay innumerables personas que se hallan ahora en la dirección del MTST que en un primer momento luchaban simplemente por un lugar en el que vivir. Se unen a las ocupaciones con un poco de plástico para construir sus cobijos improvisados y rápidamente se convierten en militantes. Existe un grado de apertura organizativa que es inconcebible en un partido centralizado. Al mismo tiempo, dado que se trata de una organización de lucha, necesita centralización y disciplina. El MTST vive en una confrontación diaria; se halla continuamente en conflicto con la policía, con el gobierno, con los propietarios del suelo destinado a la especulación inmobiliaria. Existe el riesgo de infiltración por provocadores, por gente que quiere ocupar un trozo de tierra y después venderla para obtener un beneficio, por gente vinculada a la delincuencia organizada, por miembros de las milicias. Se trata de una confrontación directa, que requiere planificación y organización, porque nos vemos enfrentados a toda una serie de estructuras de poder locales y territoriales.

¿Cómo se toman las decisiones tácticas y estratégicas? Por ejemplo, «Ocupemos aquí y no allí», «Apoyemos a este o aquel partido y a este o aquel candidato en las elecciones».

Estas decisiones se toman en las reuniones de los participantes. El movimiento mantiene una conferencia de planificación a principio de cada año para discutir qué hacer. Cada estado elige representantes para el grupo de coordinación nacional, el cual a su vez formula el plan general del MTST, por ejemplo, en lo que atañe a las elecciones. Existen aproximadamente una treintena de coordinadores nacionales, de los cuales yo soy uno. Organizamos seminarios sobre las elecciones para discutir qué partidos merecen nuestro apoyo y decidir sobre nuestros candidatos para las listas proporcionales. Así, mis candidaturas a la presidencia de la República en las elecciones de 2018 y, posteriormente, a la alcaldía de São Paulo en 2020 en las filas del PSOL estuvieron sometidas al acuerdo del MTST. Como coordinador del mismo no estoy autorizado a tomar la decisión de ser candidato individualmente.

Tu te incorporas a la dirección del MTST, cuando eres elegido para la misma desde una de las ocupaciones, esto es, cuando nos apoderamos de una franja de suelo que no cumple función social alguna, lo cual implica a miles de personas y tal vez la instalación de tres mil tiendas sobre la misma. Para un observador exterior esto parece caótico: una muchedumbre atareadísima sin el control general de nadie. Internamente, sin embargo, dividimos la ocupación en pequeños grupos. En una ocupación con dos mil familias, creamos diez grupos de doscientas familias. Cada grupo pinta sus tiendas de plástico improvisadas de un color diferente y cada una se asigna un nombre G1, G2, G3, etcétera. En el seno de cada grupo, las reuniones iniciales son organizadas por los militantes más experimentados, mientras los nuevos ocupantes eligen a sus coordinadores entre quienes se han mostrado voluntarios, levantando su mano y diciendo: «Yo puedo coordinar». Cada grupo tiene cuatro o cinco coordinadores, que organizan las tareas diarias y se hacen cargo de los espacios colectivos, así como de la cocina comunal, organizada mediante la correspondiente rotación de tareas. Todo el mundo participa en la construcción de la cocina y de los baños compartidos. Los coordinadores desempeñan tareas tanto prácticas como políticas. Tienen reuniones diarias con participantes de ocupaciones anteriores, discuten los acontecimientos y reciben guía práctica de las experiencias pasadas. Los coordinadores también asisten a cursos de educación política, que es de donde emerge la columna vertebral del MTST.

Hay también gente que se une al movimiento sin proceder directamente de la lucha por la casa, sino por afinidades políticas e ideológicas. El punto de entrada para ellos lo constituyen las brigadas, que están abiertas anualmente a la gente que no carece de casa, pero que se identifica con el movimiento y quiere efectuar su contribución al mismo. Contamos también con la Brigada de Educación, que moviliza a profesores que imparten cursos de alfabetización en los propios lugares de ocupación. La Brigada de Jardines ayuda a crear las zonas verdes de la comunidad. La Brigada de Arquitectura está formada por profesionales, que ayudan a efectuar la construcción de las viviendas. Todas las brigadas son voluntarias.

Al tiempo que efectuabas este trabajo político, continuaste estudiando psicología y te hiciste psicoanalista. ¿Tenías alguna motivación personal para hacerlo? ¿Crees que existe una correlación entre las cuestiones relativas a la salud mental y las privaciones materiales sufridas por las personas de clase trabajadora?

Había un interés personal, porque había tenido síntomas depresivos en mi primera juventud. Pero lo que me empujó hacia el psicoanálisis fue mi experiencia en Argentina con el movimiento piquetero en 2001-2002. Pasé un mes en Buenos Aires durante la insurgencia de los piqueteros, que como es sabido era un movimiento de desempleados organizados territorialmente, similar de algún modo al MTST. Su eslogan era «El barrio es la nueva fábrica». Los piqueteros fueron, junto con otros movimientos, los responsables del derrocamiento de tres presidentes argentinos y dos presidentes interinos en el espacio de unos cuantos meses. Estaba en Argentina justo después de la masacre de Pueyrredón en Buenos Aires en la que dos militantes fueron asesinados en un bloque. Fui a un barrio de la periferia en el que había una reunión que los piqueteros denominaron «grupo de reflexión». El grupo estaba coordinado por dos psicoanalistas que colocaron a la gente en círculo creando un entorno de escucha para personas que nunca habían sido escuchadas antes. Era gente que acababa de vivir situaciones traumáticas como haber sido despedidas de sus empleos y expulsados de sus casas; o bien habían perdido a sus parejas o habían visto sus familias destrozadas. Nunca olvidaré ese acto, por el poder, por la fuerza, que flotaban en el mismo. Fue una catarsis que hizo aflorar toda la experiencia de sufrimiento, de humillación, las innumerables situaciones de opresión y violencia experimentadas por esas personas. Me convencí del potencial del psicoanálisis para la transformación de la gente, de sus cuerpos. Y de la necesidad de utilizar procesos como este para llegar a los estratos situados en la base de la sociedad, a los excluidos, para ayudarles a que dominen su destino contando con el apoyo de su propia comunidad. Se trataba de una herramienta dirigida a quienes no disponían de recursos para pagarse un tratamiento psicológico. Volví de Argentina y comencé a estudiar psicoanálisis.

Otra cosa que me intrigó cuando fui a vivir en la mencionada ocupación del MTST fue algo que oí decir una y otra vez enunciado de diferentes modos. Recuerdo que la primera vez se lo oí a una camarada que coordinaba una cocina comunitaria. Dijo que este era un espacio para compartir, para estar juntos, para echar raíces. Era el tipo de espacio que se había perdido ante la dinámica apabullante del capitalismo urbano. En la ocupación, la gente hablaba, contaba sus casos, sus historias, contaba cómo habían acabado ahí, tomaba sus propias decisiones. Comentó que antes de llegar a la ocupación había vivido con diversos parientes dependiendo de su hospitalidad. Fue diagnosticada de depresión severa

y terminó por tomar distintos medicamentos indicados para problemas psiquiátricos, ya que no podía ni levantarse de la cama. Se aproximó al MTST por razones económicas, por la precaria situación en la que vivía. Pero una vez incorporada, me dijo: «He dejado de tomar las medicinas, porque ya no las necesito». La historia podría sonar ingenua, pero no lo es: en diferentes ocupaciones, contadas por diferentes personas, oí contar la misma experiencia.

Intenté comprender qué significaba esto mediante el estudio y la investigación. Mi tesis de master en psiquiatría trata de la correlación existente entre sufrimiento mental, pobreza y organizaciones colectivas. Gracias al psicoanálisis pude comenzar a comprender en qué medida las situaciones de humillación, de privación material y social, de desamparo, de desempleo, de ruptura familiar, los entornos de violencia o de soledad, se hallan vinculados, todos ellos, al sufrimiento psicológico, especialmente a la depresión. La depresión no afecta únicamente a las clases medias, lejos de ello. Golpea a los desposeídos. Sin embargo, por otro lado, cuando la gente se siente parte de un grupo, cuando ya no se siente sola, cuando siente que es importante para otras personas, los actos de solidaridad sirven igualmente como actos de cura. El compromiso y los proyectos colectivos son buenos para la gente desde el punto de vista psicológico. No cabe duda de que el desempleo, la falta de vivienda, la violencia y la humillación son causas de colapso psicológico y subjetivo. Ni tampoco de que compartir la existencia y los lazos de comunidad pueden ayudar a reconstruir subjetividades arrasadas por la barbarie, por las dinámicas urbanas en las que la personas se sienten aisladas y perdidas en medio de una muchedumbre anónima.

¿Cómo lidia el MTST con el tráfico de drogas, con la criminalidad o con el alcoholismo? Por ejemplo, el MST, en un momento determinado, prohibió el consumo de alcohol en sus asentamientos.

Una ocupación no es una isla. Se halla condicionada por la totalidad de las influencias sociales y políticas que predominan en las periferias urbanas, así que tienen que establecerse determinadas reglas de coexistencia. Una regla básica es que no puedes vender un lote de tierra ocupado. Hacer cumplir esta regla es extremadamente difícil, porque desafía intereses poderosos, incluidos los de grupos mafiosos, que quieren aprovecharse de las ventajas de la ocupación para obtener beneficios y explotar a la gente. Cada ocupación tiene sus propias reglas internas,

que son votadas en la correspondiente asamblea. Comprendo la prohibición del MST, pero en un campamento situado en una zona rural tú tienes el control casi total sobre el territorio. En la ciudad, alguien solo tiene que cruzar la calle para estar en otra comunidad. Así que nuestras reglas se basan en procesos de toma de decisiones y de participación colectivos. La propia comunidad establece sus propios límites en lo que respecta a la bebida, los horarios y la conducta. Es el único modo en que es posible lidiar con estas situaciones.

¿La lucha por la casa se limita a ese único objetivo?

Nuestra lucha presenta varios niveles. El más inmediato es la lucha por la casa, por la ocupación de suelo para ser compartido mediante la creación de parcelas para la construcción de nuevas viviendas. La lucha no se detiene aquí, porque no es suficiente disponer de un grupo de viviendas, si no existen servicios públicos, infraestructuras o transporte. En los distritos urbanos centrales estos con frecuencia ya existen, pero en las periferias urbanas, donde están las bolsas de viviendas irregulares, el Estado está tan solo precariamente presente o bien llega en la forma violenta de las fuerzas de seguridad.

El objetivo del MTST no es reproducir esta lógica, sino combatirla. Luchar contra la segregación urbana significa, por un lado, luchar por la vivienda, junto con los servicios y las infraestructuras públicas correspondientes, en las periferias urbanas; y, por otro, exigir la expropiación de la propiedad no utilizada en los distritos centrales de las ciudades para crear vivienda social en áreas que ya disponen de esos servicios e infraestructuras. En otras palabras, tenemos que luchar contra la segregación del centro y de la periferia, lo cual implica enfrentarse a los especuladores inmobiliarios. Necesitamos ejercer el derecho a la ciudad y organizarlo en torno al presupuesto público para exigir inversiones en los distritos donde viven los pobres, así como repensar la cuestión de la alimentación en las ciudades, lo cual explica por qué estamos creando huertos orgánicos y espacios públicos en los mismos. Cuando acercamos el lugar donde vivimos al lugar en el que trabajamos, estamos poniendo en tela de juicio el modelo de planificación urbana basado en el automóvil, dado que con frecuencia los desplazamientos diarios se producen de la periferia al centro de las ciudades. El MTST lucha por un tipo de ciudad alternativo, lo cual explica porque nos topamos con una resistencia tan encarnizada. Somos demonizados, porque amenazamos al capital inmobiliario y nos

enfrentamos a los especuladores y a su modelo de ciudad segregada. Esta fue una cuestión candente durante la campaña de mi candidatura a la alcaldía de São Paulo. Hay gente de los barrios ricos de la ciudad que no quiere *ver* a los pobres. Cuando defiendes la causa de la vivienda social en un distrito central, esto es, en áreas en las que los precios de la propiedad son altos, estás tocando los intereses de un reducido pero acaudalado estrato social, lo cual hace aflorar los prejuicios.

¿Cuál es la composición del movimiento sin techo en términos de composición de clase, género y raza?

Recientemente se publicó un estudio efectuado en 2017 por el Departamento Intersindical de Estadística e Estudos Socioeconômicos (DIEESE) de una de las mayores ocupaciones del MTST, el campamento de Povo sem medo [Pueblo sin miedo], realizada en la ciudad de São Bernardo, ciudad del cinturón industrial de São Paulo y cuna del PT. Resultó muy revelador e hizo añicos la totalidad de las preconcepciones vigentes sobre el MTST. La imagen que ha sido construida del movimiento, a fin de atacarlo mejor, es que está compuesto por gente que no quiere trabajar, que no quiere tener que comprar sus propias casas. La investigación mostró que la inmensa mayoría de las personas presentes en las ocupaciones son trabajadores y trabajadoras. En general, se trata de trabajadores informales, precarios, gente que después de haber trabajado toda la vida –en la construcción, en el reciclaje, en el sector servicios– no han podido conservar sus casas, razón que les impulsa a entrar en el movimiento. La mayoría de quienes se integran en el mismo son personas negras y la mayoría son mujeres. Lo mismo es cierto de la dirección del MTST, la cual refleja esa composición. En el caso de las mujeres, ello tiene que ver con la función primordial que desempeñan en las luchas de sus comunidades. La lucha por la vivienda y los servicios en la periferia ha sido históricamente impulsada por mujeres en una alta proporción, al igual que en las ocupaciones ha sido dirigido por ellas en todo lo referido a la organización del cuidado de los menores, la bienvenida a las nuevas personas que se incorporan, la gestión de los problemas de comportamiento y la cuestión de la seguridad alimentaria.

¿Cómo se relaciona el MTST con otras organizaciones? ¿Son los activistas del movimiento miembros de partidos políticos, de grupos religiosos o de ONG? ¿Forma parte el MTST de alguna red internacional?

El movimiento intenta tener la relación más amplia posible con la izquierda. Hay gente perteneciente a diversos partidos trabajando en el MTST, desde el PT hasta el Partido Comunista do Brasil, así como gente que no se identifica necesariamente con la izquierda. Hoy la relación más fuerte la mantenemos con el PSOL, dada la concepción política compartida, el análisis común de la coyuntura y la posición mantenida por ambas organizaciones respecto de la clase dominante brasileña. Hay sacerdotes y monjas católicos y pastores evangélicos. El movimiento valora la autonomía y no desea convertirse en el altavoz de ningún partido, porque ello mermaría su fuerza, pero no evitamos las acciones comunes. En estos momentos, con la pandemia de la COVID-19, hemos expandido las actividades de las cocinas de solidaridad del MTST para atender la cada vez más grave crisis de hambre que nos aflige mediante la distribución de alimentos a quienes los necesitan. Esto lo hicimos con la ayuda, por ejemplo, del Movimento dos Pequenos Agricultores (MPA), que está transfiriendo alimentos de las granjas familiares a las cocinas, y de la Federação Única dos Petroleiros (FUP), que ha donado bombonas de gas para las mismas. El MTST forma parte también del Frente Povo Sem Medo, una coalición que agrupa a docenas de movimientos negros, feministas y juveniles.

Internacionalmente, nuestras relaciones más estrechas son las establecidas con otros movimientos urbanos de América Latina. Hemos construido Resistência Urbana Latino-Americana, una coalición que reúne a los movimientos de Argentina, Colombia, Bolivia, Chile y Ecuador. Tenemos también contactos con la izquierda europea. En España, con Podemos; en Portugal, con el Bloco de Esquerda; en Alemania, con die Linke. Mantenemos relaciones con los movimientos pro vivienda de Sudáfrica, con quienes entramos en contacto a través de la organización católica Cáritas.

¿Cuáles son los factores económicos y políticos que provocan que en Brasil haya tantas personas sin hogar?

La dinámica general de la economía—el cambio de la inversión productiva a la especulación con activos— ha precipitado un *boom* inmobiliario en las grandes ciudades. En São Paulo, el valor del metro cuadrado de suelo subió más del 200 por 100 entre 2007 y 2014. Se verificó un gran aflujo de capital hacia las ciudades, se ejecutaron innumerables proyectos de obras públicas y se registró un *boom* inmobiliario impulsado por el crédito sin que ninguno de estos procesos fuera compensado mediante la correspondiente reforma urbana. Se produjo una enorme especulación

inmobiliaria, la cual se reflejó de nuevo en el incremento del valor del suelo y de modo muy directo en el aumento del precio de los alquileres. En Brasil, una enorme proporción de los trabajadores urbanos vive de alquiler, cuyo precio ha continuado subiendo hasta el punto de que las familias están gastando en algunos casos hasta el 80 por 100 de su renta en el pago del mismo, lo que a la postre significaba optar entre comer o pagar la renta de la vivienda. Esto ha generado las condiciones sociales de las ocupaciones, porque la gente no tenía otra alternativa. Concurrió también un factor político: el aumento de la población que no tiene fe alguna en la política institucional. Fundamentalmente, se trata de una crisis del modelo sancionado por la Constitución de 1988, que prometió reducir la desigualdad, pero nunca cumplió su promesa. Prometió al pueblo una mayor participación en la política, pero la democracia nunca ha sido totalmente realizada. El MTST, en común con toda una generación de movimientos sociales locales, es una expresión de la frustración existente ante los límites del modelo democrático brasileño.

Finalmente, Brasil está experimentando una crisis en la organización del lugar de trabajo causada por la revolución tecnológica y la desindustrialización, especialmente intensa en América Latina. Se ha creado una categoría de trabajadores precarios, de trabajadores itinerantes que viven del trabajo intermitente al margen de la protección del derecho laboral, que efectúan un pequeño trabajo aquí, otro allí. Para ellos resulta difícil construir una identidad colectiva en torno al lugar de trabajo. La formación de las periferias urbanas puede presentar cierta analogía con los procesos de industrialización del siglo XIX analizados por Marx: estos crearon las condiciones para que se produjera la autoorganización de los trabajadores al hilo de la concentración de miles de ellos en las grandes industrias y su sometimiento a idénticas condiciones de explotación a partir de lo cual estos trabajadores desarrollaron formas de conciencia de clase y métodos de lucha. El capitalismo del siglo XX, especialmente el modelo latinoamericano, desarraigó a millones de trabajadores de las zonas rurales y de la industria, que fueron reubicados en las periferias de las grandes ciudades, donde se enfrentaron a las mismas condiciones de explotación y experimentaron problemas similares, lo cual generó movimientos vecinales locales. Durante los últimos veinte años, hemos asistido a la emergencia de diversos movimientos al margen de las dinámicas del trabajo industrial y de la organización sindical.

En la periferia de las grandes ciudades, los gobiernos del PT han beneficiado con frecuencia a los constructores privados, incluidas empresas gansteriles como Odebrecht, que tenía en nómina a políticos y ejecutivos en once países, de Angola a Perú, de Guatemala a Argentina, de Mozambique a México. ¿Cómo benefició la política urbana del PT a las personas sin hogar?

El principal programa del PT en esta área, Minha Casa, Minha Vida, ilustra la situación. Fue lanzado tras la crisis de 2008 para evitar quiebras en el sector de la construcción, que había sido golpeado por la crisis de las hipotecas *subprime* estadounidenses. Se trató de una inyección de recursos públicos en este sector y, al mismo tiempo, de un programa de vivienda popular, que, sin embargo, fue conformado por los intereses de las compañías constructoras, lo cual quedó reflejado en los entornos urbanos que produjo. Minha Casa, Minha Vida mantuvo la lógica de la periferización, porque los promotores tenían interés en construir en suelo alejado de los centros urbanos, que era más barato. El resultado fue la construcción de apartamentos pequeños y de mala calidad, ya que la financiación recibida por las compañías constructoras no se condicionó a la calidad de la vivienda construida. Se verificó una lucha constante entre el gobierno y los movimientos sociales, incluido el MTST, y gracias a una enorme presión conseguimos algunas mejoras en la tercera fase del programa. Pero a continuación se produjo el golpe contra Dilma en 2016 y Michel Temer, aupado al gobierno con el apoyo de la clase dominante, puso fin al programa.

Dicho esto, hay que añadir lo siguiente: el MTST trabajó duro para impedir que Dilma fuera destituida de la presidencia, así como para impedir que Lula fuera arrestado y privado de la posibilidad de presentarse a las elecciones presidenciales de 2018. Y ello porque la destitución y el arresto se produjeron mediante un proceso manipulado e ilegal, como posteriormente ha sido probado. Las bases activistas de São Paulo se concentraron masivamente en la sede del Sindicato Metalúrgico en São Bernardo, donde Lula se había refugiado en la víspera de su arresto y yo mismo me preocupé por visitarle en prisión mientras estaba encarcelado en Curitiba. Su encarcelamiento constituyó una violación de la democracia y de la soberanía popular. No tienes que pertenecer al PT para reconocer este hecho.

Exploremos este punto más detenidamente: el gran crecimiento del MTST se produjo durante los gobiernos del PT acaecidos entre 2002 y 2016 al hilo de los dos mandatos de Lula y el primero y la mitad del segundo de Dilma Rousseff. En otras palabras, innumerables brasileños se convirtieron en personas sin

hogar durante gobiernos dirigidos por un partido de izquierda. ¿Cuál es el balance del PT al respecto en tu opinión?

Entre los éxitos del PT se cuentan los programas de combate contra la pobreza y el hambre y la expansión del acceso a la educación y la universidad, así como la política exterior seguida por sus gobiernos, que colocó a Brasil en una posición menos subordinada respecto a Estados Unidos. El principal problema –o el límite de los gobiernos del PT– fue que el partido retrocedía cuando llegaba el momento de avanzar en pro de transformaciones estructurales más amplias. Tras la llegada de Lula al gobierno en 2003, las políticas del PT –crecimiento del mercado doméstico, expansión del crédito, la Bolsa Familia, el incremento del salario mínimo– contribuyeron a estimular el crecimiento económico, si bien esto se debió también a factores exógenos: los precios de las materias primas eran altos, China crecía a una tasa de dos dígitos, había una fuerte demanda internacional de esas materias primas. Pero el hecho es que, durante el mandato de Lula, la economía creció a una tasa del 4 por 100 entre 2003 y 2010, lo cual permitió que estas políticas se implementaran sin necesidad de acometer ninguna reforma estructural, es decir, sin perturbar los privilegios de la clase dominante. Era posible hacer concesiones a los situados en el fondo de la pirámide social sin coger nada de quienes estaban en la cúspide de la misma en lo que fue descrito con frecuencia como una situación que beneficiaba a todos y no perjudicaba a nadie. Mientras duró el crecimiento económico, el presupuesto público también pudo crecer y una gran parte de ese crecimiento asignarse a la implementación de políticas sociales, mientras se evitaban los conflictos sobre la distribución. Una política de este tipo, sin embargo, se basa en la persistencia de un ciclo económico favorable, que no puede durar para siempre. Cuando este concluyó en 2013, como un efecto retardado de la crisis internacional de 2008, el gobierno del PT se encontró en una encrucijada. Tenía que tomarse una decisión y el PT optó por no enfrentarse a los grandes problemas estructurales, lo cual habría requerido una redoblada movilización popular.

En mi opinión, existían las condiciones para que el gobierno hubiera ganado esa confrontación. El PT habría contado con el apoyo político y social suficiente para efectuar una reforma tributaria progresista, para saldar el conflicto distributivo de un modo más justo para las mayorías. El gobierno debería haber concedido mayores incentivos a los proyectos de industrialización y de infraestructuras, como el saneamiento básico

y el transporte de masas. Estas inversiones habrían amortiguado la desigualdad de la sociedad brasileña en la que el 1 por 100 de la población del país recibe el 50 por 100 del total de la renta nacional. El gobierno debería haber regulado el mercado financiero y el sector bancario, que habían obtenido enormes beneficios durante los gobiernos del PT. Y, finalmente, el gobierno debería haber introducido las reformas políticas correspondientes para que el país no fuera reo de la métrica de la «governabilidad» de un *establishment* político que arbitrariamente sacó a Dilma del poder. El golpe contra ella fue ejecutado por los mismos partidos que previamente la habían sostenido, el mismo *establishment* político que hoy sostiene a Bolsonaro. En resumen, se evidenció una falta de audacia y de organización popular. Un gobierno de izquierda se acomodó a una situación en la que se obtuvieron algunas ganancias para los más pobres, pero cuando llegó la crisis, careció de fuerza para resistir las presiones derivadas de la contracción económica, lo cual produjo la consabida regresión política. Otro límite fue señalado por Pepe Mújica, el antiguo presidente de Uruguay. En una especie de autocrítica de la izquierda latinoamericana, Mújica afirmó que nuestros gobiernos han creado consumidores, pero no ciudadanos. Las masas populares han tenido acceso a determinados bienes de consumo, lo cual es perfecto, pero no se verificó una contestación simultánea de los valores sociales. En otras palabras, se creó la Bolsa Familia, se incrementó el salario mínimo, hay quien pudo comprar su propia casa con la financiación de los bancos públicos, pero todo ello llegó con la aceptación del individualismo, de la lógica de la meritocracia, y así gente que fue capaz de mejorar su vida un poco votó luego a Bolsonaro sin comprender en qué medida esas políticas habían estado vinculadas a un determinado proyecto social y político.

¿Qué piensas del análisis del «lulismo» efectuado por André Singer?

Los libros de André Singer –*Os sentidos do lulismo* (2012) y *O lulismo em crise* (2018)– constituyen puntos de referencia indispensables. Singer describe el «significado» del *lulismo* como un «reformismo débil»: un conjunto de políticas públicas que redujeron la pobreza, pero evitaron la movilización para lograr reformas estructurales y confrontar a la clase dominante. Creo que el propio Lula adoptó hasta cierto punto esta caracterización. La cuestión fundamental es si las condiciones de posibilidad de este modelo existen todavía. En estos momentos, en una coyuntura caracterizada por la crisis internacional agravada por la COVID-19, habiendo

dejado China de crecer tan rápido y con la economía brasileña estancada desde 2015, es imposible imaginar incremento alguno de los derechos de los trabajadores que no se materialice a expensas de los privilegios de aquellos situados en la cúspide de la pirámide social. Esta cuestión es crucial y debería guiar la política brasileña en la era posterior a Bolsonaro.

¿Cuándo decidiste implicarte en la política de partido y por qué escogiste el PSOL?

Me uní al PSOL en 2018, pero ello fue la culminación de un largo proceso de cambio acaecido en el seno del propio partido. El PSOL emergió de una fracción disidente del grupo parlamentario del PT, que se resistió a la aprobación de un proyecto de seguridad social para los funcionarios públicos que había sido defendido por Lula durante su primer mandato. Ello significó que durante sus primeros años de existencia la marca del PSOL fue la afirmación de una línea contraria al PT. Desde 2016, una vez realizado el golpe de la derecha contra Dilma, las cosas comenzaron a cambiar. El PSOL ha seguido siendo muy crítico con el PT, defiende el proyecto de crear una nueva izquierda y se muestra contrario a las alianzas que este último ha fraguado con la derecha. Nosotros pensamos que la coalición para transformar Brasil debe surgir de los movimientos sociales. Al mismo tiempo, sin embargo, desde 2016 hemos luchado incansablemente por la unidad contra la derecha y el golpe. Estos cambios del PSOL eran muy similares a los experimentados por el MTST y ello nos ha aproximado.

El MTST tomó la decisión de alinearse con el PSOL, porque llegamos a la conclusión de que la actividad de los movimientos sociales, aunque es fundamental para cualquier proceso de transformación, no era en sí misma suficiente. Esta decisión la tomamos justo antes de que la crisis política empeorara con el golpe contra Dilma y el encarcelamiento de Lula. Comprendimos que necesitábamos realizar nuestra batalla en el ámbito de la política institucional. La convergencia con el PSOL se produjo porque estábamos de acuerdo en el hecho de que existía la necesidad de un proyecto de izquierda de amplio espectro caracterizado por la unidad a fin de combatir el incipiente ascenso de la extrema derecha. Un proyecto que no sería sectario, pero que continuaría planteando las demandas que no han sido realizadas por los gobiernos del PT. El PSOL es el partido que muestra en la actualidad más sintonía con los nuevos movimientos sociales y con los sectores críticos de la juventud.

¿Cuál fue tu experiencia como candidato del PSOL en las elecciones presidenciales de 2018?

Desde un punto de vista personal, la campaña de 2018 fue muy importante. Viajé exhaustivamente por el interior de Brasil; me topé con realidades que no conocía en absoluto. Me reuní con dirigentes regionales, visité innumerables comunidades diferentes y aprendí cómo viven las distintas clases sociales. Fue un aprendizaje que me enseñó muchísimo y siempre lo conservaré en mi memoria. Al mismo tiempo, las de 2018 fueron unas elecciones tóxicas, marcadas por el odio y el miedo. Bolsonaro logró controlar el curso de la campaña no únicamente mediante las «*fake news*», sino por su utilización del lenguaje de los ingenieros del caos de la extrema derecha internacional. Logró explotar y capitalizar el discurso de la antipolítica y lo convirtió en un arma de odio. No hubo espacio para discutir proyectos, ideas: fue una campaña proscrita.

¿De qué modo se diferenció tu participación como candidato a la alcaldía de São Paulo por el PSOL en 2020 de la campaña presidencial?

Aunque el MTST es una organización nacional, mi actividad política siempre ha estado vinculada con mayor peso a São Paulo, porque esta es la ciudad en la que se concentra la crisis de la vivienda. La fuerza del MTST en la ciudad, que está detrás de los dos millones de votos que conseguí en las elecciones de 2020, fue anticipada por muy pocas personas. Aquellos de nosotros activos en el movimiento, sabíamos, sin embargo, que podríamos contar con nuestras bases. Además, en 2020 el gobierno de Bolsonaro estaba muy desgastado y nosotros gozábamos socialmente hablando de una posición de fuerza y así en 2020 fuimos capaces de tener discusiones que habían sido rechazadas en 2018.

La campaña de las elecciones municipales movilizó esperanzas e implicó a los estratos populares. La política de São Paulo ha sido considerada como el coto de profesionales o de quienes tienen intereses económicos, pero eso cambió gracias a la campaña del PSOL: la política se contempló como un instrumento de transformación. Se registró también una ruptura generacional. La juventud fue el centro dinámico de nuestra campaña y los jóvenes se expresaron mediante las redes sociales. En la víspera de la segunda vuelta, un sondeo electoral efectuado por Datafolha mostró que entre los mayores de 60 años perdíamos por una relación de 70/30 por 100, mientras que entre los votantes menores de 25 años ganábamos por

una relación de 65/35 por 100. Además, nuestra campaña logró romper la burbuja de los progresistas de clase media localizados en las universidades, que es donde la izquierda brasileña ha tendido a crecer. Esta vez nuestros mejores resultados de voto provinieron de los extrarradios urbanos de la ciudad, donde ganamos en siete grandes distritos. En otras palabras, nuestro mensaje alcanzó las áreas populares.

¿Qué han significado para las personas sin techo el gobierno de Bolsonaro y la pandemia de la COVID-19?

Ambos han sido tragedias. En una de las mayores concentraciones de su campaña electoral de 2018, cuando se encontraba ya en la segunda vuelta, Bolsonaro declaró en São Paulo: «Borraré del mapa al MST y al MTST». Identificó explícitamente a los movimientos sociales como los enemigos que debían de ser destrozados. Una vez en el poder, puso punto final a los restos de todo lo que pudieran ser los programas sociales todavía existentes. Hoy no existe política federal alguna para la construcción de vivienda social y ello en un momento de crisis económica persistente y abismal. Tenemos quince millones de desempleados, el número más elevado nunca registrado, lo cual significa más personas demandando sostén de todo tipo, comenzando por las necesidades de quienes no tienen un lugar donde vivir. La población sin hogar de Brasil ha sido abandonada a su destino por Bolsonaro, quien todavía se permite el lujo de amenazarla con la represión y con la criminalización del MTST.

Cuando comenzó la pandemia, la situación empeoró catastróficamente. La principal directriz de salud pública emanada del gobierno de Bolsonaro fue que la gente se quedara en casa, recomendación que ignora el hecho de que millones de personas viven en condiciones atroces que implican, por ejemplo, que cinco o seis miembros de la misma familia vivan en una única habitación. Habiéndose cerrado las escuelas, los críos y crías permanecían en casa todo el tiempo sin ordenador alguno y sin educación en línea. ¿Cómo puede practicarse el distanciamiento social sin contar con precondiciones básicas de higiene como el agua corriente? Simplemente no es posible derrotar al virus en estas condiciones. Para rematar todo esto, Bolsonaro se ha negado a participar en la provisión de la vacuna por lo cual esta se ha ralentizado de modo desesperante.

El MTST ha organizado una serie de iniciativas. Una fue exigir por vía judicial que parte de la capacidad hotelera del país fuera puesta a

disposición del gobierno para albergar a la gente que vive en la calle. Otra fue un procedimiento iniciado ante el Tribunal Supremo Federal: logramos obtener una moratoria de los desahucios durante la pandemia. Si bien esta barbarie ya estaba en marcha: aproximadamente doce mil familias fueron desahuciadas de sus hogares en medio de la misma. Hace unos meses, junto con el PSOL y la campaña Despejo Zero [Cero desahucios], logramos que el Tribunal Supremo los detuviera. Logramos que el Congreso aprobara una ley que impidiera los desahucios, pero ahora está en manos de Bolsonaro. Presentamos otra demanda en los tribunales para priorizar la vacunación de las personas sin hogar, debido a su situación de mayor riesgo. El gobierno federal –y gran número de los gobiernos estatales y de las municipalidades– no ha implementado política alguna para ayudar a los sin techo durante la pandemia.

El MTST y tú personalmente estáis encabezando manifestaciones que exigen que Bolsonaro sea destituido de su cargo. Una parte significativa de la izquierda, especialmente los sectores del PT ligados al grupo parlamentario y a los gobernadores de los estados, piensan que es mejor esperar a las elecciones de 2022, confiando en que Bolsonaro se agotará por sí solo hasta entonces. ¿Qué opinas al respecto? ¿Constituye la destitución de Bolsonaro una prioridad, dado el bajo respaldo que le conceden las encuestas? ¿Es el impeachment una posibilidad realista, dada la composición del Congreso?

La idea de dejar a Bolsonaro en el poder para que se agote por sí mismo –erosionando su apoyo, debilitándole antes de las elecciones de 2022– no es solo inmoral, sino tácticamente estúpida. En primer lugar, porque el pueblo brasileño está pagando con un enorme número de vidas su gobierno: en Brasil son ya más de 586.000 las víctimas del coronavirus a fecha de hoy. Bolsonaro no está dispuesto a cambiar su estrategia respecto a la pandemia. Por el contrario, todavía está haciendo campaña contras las mascarillas, los test y las vacunas. ¿Cuántas muertes se habrán registrado a finales de 2022? Y, en segundo lugar, permitirle que siga ocupando el poder significa asumir que existe un entorno político normal en Brasil: que el PT será capaz de ganar las elecciones y llegar al poder sin más problemas; que Bolsonaro cumplirá la Constitución. Las cosas no son así y no se desenvolverán de ese modo. Existen riesgos reales, riesgos cotidianos de una toma violenta del poder en Brasil. Bolsonaro se apoya en las fuerzas armadas, en la policía de los estados y en sus milicias mafiosas. Además, Bolsonaro está preparando el camino abiertamente para perpetrar un golpe de Estado. Su gobierno está

repleto de generales; ha aprobado programas de pensiones para los militares y los oficiales de policía; y ha estimulado a sus partidarios civiles para que tomen las armas. Sí, ha perdido el apoyo de parte de sus bases y no es el candidato favorito para ganar las elecciones. Sabiéndolo, está afirmando que estas serán falseadas y que deberían utilizarse papeletas impresas en vez de máquinas de votación. Bolsonaro está maquinando algo más serio que el asalto al Capitolio estadounidense, dispone de más tiempo para prepararlo y está aprovechando para ello la influencia que puede esgrimir en las Fuerzas Armadas y entre las fuerzas de policía de los estados, además del grado mucho menor de estabilidad democrática existente en Brasil, si lo comparamos con Estados Unidos.

La situación en Brasil es crítica y urgente. Debemos presentar batalla precisamente ahora que Bolsonaro es débil y tenemos que impedirle que recupere su fuerza. El *impeachment* es la primera prioridad de la política brasileña en estos momentos. Existen fundamentos objetivos legales y constitucionales para ello. Tenemos que construir las más amplias movilizaciones posibles en pro del *impeachment*, las cuales han de implicar a la totalidad de los partidos políticos y de los movimientos sociales. Obviamente, tenemos un problema político con el Congreso. Bolsonaro se ha aliado con la escoria del corrupto sistema político brasileño, con congresistas venales dispuestos a bloquear el *impeachment* a cambio de puestos y de dinero. Se les conoce como el *Centrão* y siempre actúan del mismo modo. Pero la situación no es inmutable. Si la presión popular crece, si el comité del Congreso que investiga la gestión de la crisis de la COVID-19 alcanza conclusiones concretas e inteligibles, la situación cambiará. Las ratas abandonarán el barco en su naufragio. Es vital, por consiguiente, ir a por Bolsonaro ahora. No será fácil, pero constituye una tarea necesaria y factible para la izquierda brasileña.